

Un extraño refugio

Fernando Alcázar de Velasco

Aquella mañana mi amigo Villegas vino, como de costumbre, a recogerme con un kilo de pipas de calabaza. Se trataba de dar un higiénico paseo por el Retiro y después, ya antes de comer, tomaríamos, como era habitual, unos vinitos en cualquier bar de las inmediaciones.

Apenas habíamos caminado unos quince pasos cuando estalló la guerra civil, tal como se pudo oír en el transistor de un jubilado que se cruzó con nosotros.

En un abrir y cerrar de ojos nos vimos obligados a tomar una decisión de emergencia y el único refugio que se encontró a mano fue el de unos lavabos públicos. Allí nos metimos a toda velocidad, bajando atropelladamente por las escalerillas de «caballeros». Los lavabos en cuestión, según se pudo notar en seguida, llevaban abandonados varios años y tuvimos que forzar la puerta de entrada, cuya débil cerradura crujió de inmediato. Empujamos la puerta, que arrastró basura del interior, acumulada en el suelo largo tiempo. Luego cerramos y atrancamos con una banqueta que el empleado del ayuntamiento, que en su día estuviera al cuidado de aquello, había dejado en un rincón. Afortunadamente aún había luz eléctrica y agua.

Así transcurrieron los primeros meses de la guerra, sin que se supiera nada de nada. Nuestro único medio de subsistencia eran las pipas de calabaza y pronto hubo que

racionar hasta las cáscaras. Cuando parecía llegado en breve el momento de morir de inanición, mi amigo Villegas tuvo la feliz ocurrencia de rebuscar en los estantes altos de un cuartucho. Allí encontró almacenados quinientos rollos de papel higiénico y esto nos salvó la vida. El papel higiénico empapado en agua sabía a gloria. Hicimos cuentas: quinientos rollos, a medio rollo por día, nos permitiría comer durante quinientos días. ¡Magnífico! ¡Casi dos años!

Sin embargo, a pesar de esa mejora en la dieta alimenticia, el deterioro de nuestra salud era cada día más señalado. Villegas, cuando allá hace meses empezábamos nuestro paseo, tenía una barba de tipo Quevedo y eso, más su apellido, me recordaba en ocasiones al ilustre escritor. Pero a medida que pasaba el tiempo Quevedo se fue debilitando y su parecido se inclinaba más hacia Gustavo Adolfo Bécquer. Este nuevo parecido fue sin embargo efímero. Las barbas le crecieron a una velocidad de vértigo y pronto comenzó a parecerse a Don Ramón María del Valle Inclán.

A veces nos daba por pensar. Valle Inclán dijo un día que si las tropas invasoras llegaban al Retiro, a lo mejor entraban a orinar en aquel recinto. Esto nos preocupó, así que resolvimos que, llegada la noche y armándonos de valor, nos deslizaríamos sigilosamente hacia el exterior para proceder a la retirada de los cartelitos metálicos que

indicaban «SERVICIOS» y «CABALLEROS». Así se hizo y luego volvimos a atrancar apresuradamente la puerta.

El hambre era tal que a veces se me pasaba por la imaginación comerme a Valle Inclán. Pero pronto rechazaba la tentación, asustado ante lo que parecía ser un dato más del signo esperpéntico del memorable autor. Porque, aparte de lo delirante de su vida y de su obra, sólo le faltaba que alguien lo devorase en el interior de una letrina durante una guerra civil. Por otro lado, aquellos autores de la generación del 98 me parecían todos más bien algo correosos y, dentro de ellos, especialmente Don Ramón. A Bécquer sí que me lo hubiese podido comer, pero para esto era ya demasiado tarde.

Toda aquella desdicha no impedía, sin embargo, el enorme consuelo de que, a fin de cuentas, unos lavabos eran el mejor lugar para pasar una guerra civil, porque había agua y comida y lugar donde hacer nuestras necesidades. Así que había higiene, si bien resultaba algo extraño que lo mismo que nos servía de alimento, servía también como servilleta y para la limpieza después de las deposiciones. Pero en la paz, como en la guerra, ya se sabe que se producen situaciones chocantes de este tipo.

Unas noches más tarde nos pusimos de nuevo a considerar la estrategia de nuestra seguridad. Le dije a Valle Inclán que las tropas inva-

soras solían orinar en cualquier parte y que no les hacía falta ningún lavabo público. Y que como allí no había ya ese cartelito indicador, bien pudiera ser que tomaran la instalación por otra cosa y en su ánimo de rapiña entrasen a ver lo que había dentro. Por lo tanto resolvimos restituir de nuevo los carteles metálicos a su lugar. Nuevamente, otra vez por la noche, realizamos una sigilosa excursión hasta el otro lado de la puerta y utilizando los mismos tornillos originales, las tabletas indicadoras quedaron de nuevo en su lugar. La noche era quieta y el cielo hermoso, estrellado, limpio; el aire puro y magnífico, extenso, pero el terror no nos permitió disfrutar del espectáculo mucho tiempo y tan pronto como Valle Inclán descendió de la banqueta y dijo «ya está», volvimos corriendo a entrar en los retretes.

Lentamente pasó un año más. El suelo estaba sembrado de escombros de los tubos de cartón que eran el ánima de los rollos de papel higiénico. Valle Inclán se pasaba las horas mirándome a través de dos tubos como si fueran catalejos. Eso terminó por convertirse en una pesadilla y para mitigar su efecto yo también, con otros dos tubos, le

miraba continuamente. Y así permanecíamos largo tiempo, sentados en el suelo uno frente a otros, vigilándonos mutuamente con los catalejos.

Aquella guerra civil no parecía terminar nunca. Si al menos hubiéramos tenido un aparato de radio... ¿Quién iría ganando?

Repentinamente Valle Inclán perdió el seso. Dijo con voz aflautada:

–Prefiero que me maten.

Y en un arrebato fulminante se dirigió a la salida, lanzó la banqueta, empujó la puerta y salió gritando como un loco. No pude impedirlo. «Desdichado», murmuré volviendo a atrancar. Al menos ya no había nadie que me vigilase con tubos de papel higiénico y mi ración de comida pudo aumentar un poco.

* * *

Todo tiene su término en este mundo y aquella situación la tuvo también de la forma más insospechada. Algunos días después de la dramática fuga de Valle Inclán, alguien tocó con los nudillos en la puerta.

–¿Se puede? –dijeron.

Me aterroricé al pesar que era hombre muerto. Pero la misma voz

añadió suavemente:

–Retira la banqueta.

¡Era Villegas!

–La guerra terminó hace meses –me dijo sonriente y ya restablecido. Miró como con añoranza el recinto que yo, calculando próximas las Navidades, había decorado con guirnaldas, utilizando parte de mis existencias alimenticias. Pero no me atrevía a salir.

–¿Estás seguro? –pregunté desconfiado.

–Sí, toma –y me alargó un bocadillo de jamón, que es tan incontestable prueba de tiempos de paz, como la ramita de olivo en el pico de la paloma, fue para Noé señal de la retirada de las aguas.

* * *

Cuando después de aquello, en nuestras caminatas habituales por el Retiro, pasamos por el lateral de las letrinas, no podemos evitar el recuerdo de aquellos días amargos. La guerra es terrible y, sin embargo, hay gente que no ama la paz y algunos, muchos más de lo que parece, también en ese tiempo se refugian dentro de unos «SERVICIOS PÚBLICOS», sin atreverse a disfrutar del aire limpio de la vida.